

Capítulo I

Leonor Polo

Vallefrío (Andalucía). Año 1860

Frío, frío, mucho frío...

Me levantaba a las seis y media de la mañana y limpiaba el establo varias veces. Primo Juan salía a montar cada día, y me gustaba tener todo a punto para cuando volviera.

Estaba habituada a obedecer siempre a primo, porque si no tía Guadalupe me regañaba, incluso a veces me golpeaba por replicar a su querido hijo, y a mí no me quedaba otra que obedecer.

Ya no recordaba la cara de madre, que era lo que me daba fuerza para continuar. Me acostaba cada noche con el crucifijo que me regaló antes de morir. Lo tenía escondido debajo de la cama, no fuera a ser que tía Guadalupe me lo quitara. Esa mujer despreciable me hacía saber continuamente que estaba en deuda con ella, que primo Juan era el heredero, y que a mí me correspondía ser humilde, callar y agradecer por haber sido acogida en una casa que no era la mía.

Tía era viuda desde hacía dos años y había tenido un solo hijo, primo Juan.

Era un niño terco, mimado, insolente y rencoroso. Siempre me estaba increpando y molestando. Era de mi edad; aparte de eso no tenía nada en común conmigo, pero tenía que aguantarlo porque él y su madre eran la única familia que me quedaba.

No me querían, pero me soportaban porque tío Juan era el único hermano que le había quedado a madre antes de fallecer. Él sí me quiso de verdad, y cada día le tenía más presente.

Mi habitación estaba cerca de las cuadras, olía muy mal, era gélida en invierno y hacía un calor sofocante en verano. Había un camastro donde caía rendida, y cuando estaba muy triste, me acordaba de madre y de tío Juan. Estaba segura de que, si hubieran estado vivos, tía Guadalupe y primo Juan me habrían tratado con amabilidad y las cosas serían muy diferentes.

Después de rememorar mi vida anterior, me secaba las lágrimas y silenciaba mis sollozos, porque más de una vez había venido tía Guadalupe a acallarme, y su modo de hacerlo, como no podía ser de otro modo, era muy duro, como todo en aquella casa.

—¡Leonor, Deja ya de hacer ruidos, que no podemos dormir!

Y así noche tras noche. No tenía ni derecho a llorar en esa maldita casa...

Tan solo tenía diez años. Tío Juan me acogió cuando madre falleció. Él sí que era un hombre bueno. Me leía cuentos, además me enseñó a leer; y le estoy muy agradecida, porque desde entonces no he parado de

devorar historias de todo tipo. La lectura era mi refugio: iba a la biblioteca del salón verde y cogía libros sin que nadie supiera nada. No se daban cuenta, porque en esa casa el único que leía era tío Juan, y ya no vivía.

Estaba leyendo *Las mil y una noches* y me sentía Scheherezade, una mujer inteligente y valiente que se casaba con el rey Schahriar, que había decidido ejecutar a todas sus esposas después de la noche de bodas. La reina, atrevida e intrépida, para salvar su vida, le contaba al rey un cuento fascinante cada noche, dejándolo siempre en suspenso para que quisiera escuchar más a la noche siguiente. De esta manera Scheherezade lograba cautivar al rey durante mil y una noches, posponiendo su ejecución, y finalmente ganándose su amor y respeto.

El que más me gustaba era *Aladino y la lámpara maravillosa*. Ese joven pobre encuentra una lámpara mágica con un genio, se hace rico y se casa con la princesa Jasmin. Pero un malvado brujo intenta robarle la lámpara, y Aladino tiene que usar su ingenio para vencerlo y vivir feliz con Jasmin.

Yo saldría de esa casa algún día... Encontraría la forma, encontraría al genio...

Me desperté una jornada más para comenzar la faena; pero al ir a limpiar las cuadras, la cabeza empezó a darme vueltas. Me encontraba francamente mal, apenas me podía mover; pero aun así, decidí ir por si primo Juan quería montar. Antes de llegar a la cuadra, me paré en una esquina tiritando y sentí que se me empezaba a

nublar la vista, y cada vez iba a más. Me faltaba el aire y el pecho se me encogía. A partir de ese momento, no supe lo que pasó hasta que abrí los ojos en mi lecho.

Estaba totalmente aturdida y no paraba de temblar, bañada en sudor. A los pies de la cama había un bulto, parecía una persona, alguien que no conocía.

—Buenos días, querida señorita Leonor. Me llamo Eusebio García Carrión, soy el boticario de Vallefrío. Lo primero de todo, ¿cómo se encuentra la muchachita hoy? —me preguntó cariñosamente. Algo a lo que no estaba acostumbrada últimamente.

—Buenos días —balbuceé.

Desde el ventanuco se divisaba parte de Sierra Morena, o eso creía; quizás estaba soñando con ese manto enorme de terciopelo verde con sus bosques espesos llenos de riachuelos que sonaban entre las afiladas rocas.

Estaba en paz, por una vez. Por fin, había una cara de aspecto bondadoso en aquella gélida casa, que me inspiraba tranquilidad y me hablaba con voz melodiosa.

Don Eusebio García Carrión era un hombre de mediana edad, con una calva incipiente y gafas redondas. Vestía de marrón oscuro, con levita larga, sombrero de copa, y llevaba un maletín envejecido con sus instrumentos de trabajo.

—Querida Leonor, llevas 10 días en coma. Es un milagro que hayas despertado. Ahora tienes que alimentarte, estas extremadamente débil; tienes que hacer exactamente lo que yo te diga. Has tenido fiebres muy

altas, y gracias a que te hemos ido hidratando, has ido mejorando —me advirtió.

—Pero... ¿Me voy a morir? Solo tengo diez años...
—dije, con los ojos cubiertos de lágrimas.

—No, Leonor; eres muy fuerte y valiente, y de esta sales, querida niña —contestó el bueno de don Eusebio.

